

CAPÍTULO XXVII.

PRINCIPIO del sitio de Guadalajara.—Posiciones de los sitiados y de los sitiadores.—Comunicaciones del General Degollado recomendando su plan de pacificación y negativa de los Jefes liberales.—Parlamento.—Armisticio.—La caridad en S. Pedro.—Prisión y libertad de los frailes de Zapopan.—Operaciones militares sobre Guadalajara.—Se prohíbe la circulación de la moneda acuñada durante el sitio.—*Torre de Malakoff*.—Morteros.—Avanza Márquez en auxilio de Guadalajara.—Preparativos de asalto.—Asalto.—Armisticio.—Derrota de Márquez.—Toma de la plaza de Guadalajara.

1860.

DE SEPTIEMBRE Á DICIEMBRE.

Al presentarse frente á la fortificación de Guadalajara el Ejército de Operaciones el veintiséis de Septiembre, hallábase la plaza en condiciones de defensa tales que no era posible conquistarla por la fuerza de las armas en breve tiempo.

La fortificación era formidable: construída con

todas las reglas del arte, en cuanto lo permitió la posición topográfica de la ciudad; comprendía un perímetro proporcionado al número de soldados que defendían la plaza; de poco más de la 8.ª parte del caserío de la población en el centro de la ciudad, cerradas las calles con enormes parapetos artillados; atrincheradas las alturas de los edificios en toda la extensión del recinto fortificado, y con una, dos y tres líneas de aspilleras abiertas en los muros; apoyadas todas esas defensas, por los edificios de los conventos, verdaderas fortalezas, situadas al rededor de la línea de circunvalación, dominando el exterior y dando á la plaza un aspecto imponente.

Tenia el General Castillo siete mil soldados próximamente; artillería para cubrir todas las cañoneras y municiones en abundancia: vituallas había para poco tiempo, y los recursos pecuniarios escaseaban; en cuanto á las subsistencias de boca, estaba dicho Jefe sin cuidado, en la confianza de recibir auxilio de México, y respecto á la falta de dinero, impuso préstamos y echó mano de más de cinco mil marcos de plata, que extrajo de la Catedral y que mandó amonedar con lo cual pudo socorrer á sus tropas.

El día veintisiete de Septiembre el Ejército sitiador practicó un reconocimiento militar sobre toda la línea circunvalada; situó baterías al Oriente y Norte, delante de la fortificación, y se tomaron posiciones al rededor de la ciudad en los puestos

de combate señalados por el Cuartel General á las Divisiones. Esas operaciones se verificaron mientras la plaza hacía vivísimo fuego de cañón y de fusil.

Las posiciones tomadas y los puntos defendidos eran así:

LÍNEA DEL NORTE.—De izquierda á derecha: empezaba en la esquina de las calles Cerrada de Jesús María y San Jorge, en dirección al Oriente; por la última cubría las calles de Capuchinas, Portería de San Diego, Cerrada de Santa Mónica y de Sta. Mónica, aquí cerrando la de San Jorge, avanzaba una cuadra, daba vuelta siguiendo siempre la derecha, y después de cubrir las calles del Santuario, Catedral, Seminario y Alhóndiga, terminaba en donde hacen ángulo las de San Diego y Belén.

Esta línea tenía la ventaja para los defensores de la plaza, de estar apoyada en los edificios fuertes de Santo Domingo, Santa Mónica y San Felipe; y los defectos, en la primera mitad, de no tener más que un fortín flanqueante é inmediata la altura de San Diego, y en general, singularmente del lado de Santo Domingo, el de no producir más fuegos que los de frente.

Delante de esta línea tomó posiciones el Ejército del Norte, compuesto de tropas de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis, al mando de Zaragoza, Lamadrid, Alatorre y Chesman.

LÍNEA DEL ORIENTE.—Comenzando de izquier-

da á derecha, en la esquina de las calles de San Diego y Belén; cerraba las de los Escritorios de Santo Domingo, San Felipe y Don Juan Manuel; de aquí avanzaba formando ángulo entrante por las calles de Belén y Don Juan Manuel, prolongándose por las tapias del Convento de Santa María de Gracia, hasta la Alameda, dando vuelta por la calle de Santa María de Gracia, y cubriendo con un fortín, seguía al Sur cerrando la calle del Hospicio, replegándose en la de Loreto una cuadra, y cubriendo la del Coliseo, daba vuelta replegándose otra cuadra y cubría las del Tesmo, López Cotilla y Placeres, y volteaba á cubrir las calles del Mesón de Animas y de la Maestranza, así como las de Prisciliano Sánchez y Medrano, á terminar en las tapias de la huerta de San Francisco, que estaban artilladas.

La línea de Oriente, en toda su extensión, tenía defendidos sus parapetos por fuegos cruzados, y los extremos, por los edificios de Santa María de Gracia y San Francisco. Además, la circunstancia de estar inmediata al paseo y río de San Juan de Dios, por donde no podía acercarse el sitiador, sino descubierto, hacía esta línea en extremo ventajosa para los defensores de la plaza.

Delante de esta línea tomó posiciones el Ejército del Centro, á las órdenes de Doblado, Régules y Antillón, con fuerzas de Guanajuato, Querétaro y Michoacán.

LÍNEA DEL SUR. Comenzaba en las tapias de

la huerta de San Francisco, y cubriendo las calles de Los Borregos, Los Colegiales, el Manzano, adelantándose hasta las Nueve Esquinas, donde había un puente levadizo; de aquí daba vuelta por la calle Cerrada de la Compañía, tapando las del Tequezquite, Aranzazú, Prisciliano Sánchez y López Cotilla; por esta calle daba vuelta cerrando las de Los Porrallitos, Rastrillo, Parroquia del Pilar y San Cristóbal, prolongándose hasta las tapias del Convento del Carmen, y formaba con las calles Cerrada de la Compañía y López Cotilla una gran tenaza.

Esta línea era ventajosa por demás para los sitiados, por el mútuo cruzamiento de fuegos de los parapetos formados en las caras de la tenaza y estar los extremos perfectamente defendidos por los conventos de San Francisco y el Carmen.

Cubrió la línea del Sur la División de Jalisco, con las Secciones Reyes y Gómez, á las inmediatas órdenes del Coronel Don Domingo Reyes.

LÍNEA DEL PONIENTE. Desde los muros de la huerta y Convento del Carmen, daba vuelta por la calle de Loreto, y cerrando esta calle, continuaba por la de Mezquitán, cerrando las de Santa Teresa, La Merced é Independencia, por la de D. Juan Manuel; cubriendo la calle cerrada de Jesús María, seguía después de cerrar la de San Felipe, hasta hacer ángulo, uniéndose á la línea del Norte, en la calle de San Jorge.

Esta línea tenía para los sitiados las mismas

propiedades de la del Norte, es decir, no estar protegida en los flancos en toda su extensión, y aunque apoyada por el Carmen, Jesús María, Capuchinas y San Felipe, estos edificios sólo podían hacer fuegos de frente.

Tomó posiciones delante de la línea del Poniente la División de Jalisco, á las órdenes de Oga-zón, ocupando la Sección de Tepic el Mesón de la Palma, junto á San Felipe, y las dos calles inmediatas, otras dos calles la 2.^a Prigada, dos más y la Penitenciaría la 1.^a y 3.^a Brigadas, á las órdenes de Valle, Toro, Ortiz, Zepeda, Montenegro y Herrera y Cairo.

El mismo día veintisiete se cortaron las cañerías que conducen el agua potable á la ciudad. En la plaza ya no se usaba esa agua porque se dijo estaba envenenada, lo cual era falso: tomábase de los pozos y de una gran noria que existía desde antes, tapada superficialmente, al pié del atrio de Catedral.

En la plaza se estableció un hospital de sangre en el edificio del Seminario; matanza de reses en la Aduana, y Cementerio en el sitio que ocupa hoy el Jardín de San Francisco, que era un recinto cerrado por muros; el ángulo Poniente Norte ocupado por la iglesia de Tercer Orden, y el Norte Oriente por la de San Antonio: ese recinto tenía entradas por arcos á los cuatro vientos cardinales.

El mismo veintinueve, llegó al campo liberal

el General Don Epitacio Huerta con fuerzas de caballería, é hizose cargo, por orden superior, de las caballerías del Ejército de Operaciones.

La tarde de ese día, se recibieron comunicaciones del General en Jefe del Ejército Federal Don Santos Degollado, recomendando á los Jefes liberales el plan de pacificación de que se trata en el capítulo que precede, y reunidos en Junta de Guerra los Generales González Ortega, Ogazón: Valle, Aramberri, Doblado y Huerta, reprobaron dicho plan en todas sus partes por unanimidad.

El treinta, los principales Jefes del Ejército liberal individualmente dirigieron cartas al General en Jefe del Ejército Federal, quien se hallaba en Lagos, lamentando su conducta en cuanto al plan de pacificación, protestando no secundarlo.

Comenzaron las obras de zapa con toda actividad; la plaza hizo fuego todo el día, de cañón y de fusil.

El día primero de Octubre siguió bastante vivo el fuego de artillería y fusilería, particularmente por el Norte y Oriente de la plaza. El General González Ortega hizo llegar á manos del General Castillo una carta, en que le decía que personas respetables de la ciudad se hallaban en la Villa de San Pedro, y solicitaban una suspensión de fuegos con el objeto de que salieran de sus casas incontables familias que sufrían los horrores de la guerra, de la miseria y el hambre.

Castillo accedió y para arreglar las condiciones de la suspensión de fuegos, se dispuso que pasara á la plaza un comisionado que fué Don Guillermo Prieto, quien debía entenderse para el asunto con el General José V. de la Cadena.

Entró á la plaza el Señor Prieto por la noche, y se convino en que el día siguiente habría un armisticio de tres horas, contadas de las nueve á las doce del día, dentro de cuyo tiempo podrían salir de sus habitaciones las gentes que estuvieran entre las líneas de circunvalación y contravalación, sin permitirse por ningún motivo, salieran las que se hallaban dentro del recinto fortificado de la plaza.

En la noche de ese mismo día, poco después de terminado el parlamento, á las diez de la noche, practicaron los sitiados una salida por el puente levadizo que estaba en el fortín de las Nueve Esquinas, al Sur, en tres columnas que se dirigieron por las tres calles paralelas del Arrenal, Puente de las Dunas y Puente del Manzano hácia Mexicaltzingo, con la mira de introducir á la plaza el ganado que tenía en el Abasto el Ejército sitiador; pero el Coronel Don Domingo Reyes, Jefe de la línea, con soldados del Batallón Cazados de Jalisco, de la Sección Gómez y Lancero Herrera, rechazó las tres columnas que se metieron á la plaza perseguidas hasta sus atrincheramientos.

El día dos del mismo, á las nueve de la maña-

ra, suspendiéronse los fuegos en toda la línea para que saliera la gente pacífica en los términos estipulados.

La ciudad presentó luego un espectáculo desgarrador: salían de sus hogares innumerables familias abandonando intereses, sin tener albergue que las recibiera ni saber á dónde ir, mujeres y niños llorando, ancianas y enfermos sufriendo.

Durante las horas de armisticio se violó éste por los defensores de la plaza disparando sobre el Comandante Don Vicente Gaona á quien le mataron el caballo que montaba.

Trascurrido el angustioso término de tres horas, cuando no había salido aún toda la gente y una multitud llenaba las calles, á la primera campañada de las doce, la plaza hizo fuego con artillería sobre los rezagados que abandonaban sus casas y huían, matando é hiriendo á algunas de esas personas.

Los emigrados de Guadalupe tomaron distintos rumbos, dirigiéndose á los pueblos de las cercanías de la ciudad, lléndose la mayor parte á la Villa de San Pedro.

El Comandante Militar de San Pedro, Coronel Don Francisco Gutiérrez García, comprendiendo que era preciso estimular la caridad para impedir el desarrollo de la miseria, nombró una junta de caridad compuesta del Benemérito filántropo del Estado Lic. Don Dionisio Rodríguez, Don Jesús Beltrán y Don Lázaro J. Gallardo, para

agenciar fondos y dictar todas las medidas conducentes á satisfacer las primeras necesidades de los insolventes. Esa junta de que fué el alma el Señor Rodríguez, asociada con los señores Don Ramón Somellera, Don José Palomar, Don Juan Gutiérrez Mallén y otras personas, asiló á los necesitados dándoles alojamiento, abrigo y alimentos; instalándolos en la Iglesia del Santuario, que estaba en construcción y en la plaza de toros, ministrándoles (1) petates para dormir, vestido á los que lo necesitaban y por alimento, en la mañana, atole, pan y azúcar; á medio día, sopa, carne, frijoles y seis tortillas á cada uno, y por la noche, verdura, frijoles y tres tortillas, repartiéndose esos alimentos por la misma junta y personas caracterizadas que vivían en San Pedro, dando además una pequeña cantidad de dinero á las personas que vivían fuera de los mencionados edificios. «A pesar de la rígida economía con que hacemos los gastos y la distribución de alimentos, decían los Señores Rodríguez, Puga y Gallardo al Gobierno del Estado, el fondo no puede ser suficiente para llenar su objeto á que está destinado. Ese fondo actualmente se halla reducido á cuatrocientos pesos, que bastaría sólo para diez días: diariamente se socorre á más de quinientas personas; el número de ellas aumenta cada día más y más

(1) El Señor Don José P. Castilla, que fué uno de los repartidores de alimento, nos hizo el favor de informarnos cuáles eran estos.

de una manera notable y no es posible ver con claridad el término de tanta desgracia, pues concluido el sitio que sufre la plaza no cesan las causas de la miseria hasta que se restablezca el giro de los negocios. Se nos comprime el corazón sólo al temer que, por falta de recursos pecuniarios, llegue el penoso caso de abandonar á esas personas infelices, cuando han probado los dulces beneficios de la caridad y cuando ya no pueden siquiera esperar en ella, y hemos creído de nuestro deber ocurrir á V. E. invitándole para que se sirva auxiliar á esta Junta con la cantidad que le dicta regir su filantropía.....»

El Gobierno del Estado no pudo ayudar á la junta y ésta continuó su misión con creciente empeño dedicada al alivio de la indigencia con el mayor éxito.

El día 7, la autoridad política de Zapopan anunció al General Ogazón que la víspera se habían presentado en dicha población unos ayudantes del General Valle, avisando que iban á cumplir una comisión sin decir cual era; que penetraron al convento de ese lugar, sacaron de allí cuarenta y ocho de la comunidad y se los llevaron presos para Guadalajara, y que se habían extraído dos campanas, una del convento y otra de la parroquia, y se pretendía disponer de las demás campanas.

Ogazón reprobó el procedimiento y mandó dar libres á los frailes inmediatamente y dispuso que

por medio de la orden general del día ocho se hiciera saber á todos los jefes y oficiales que cualquier acto que efectuaran, de la naturaleza del de Zapopan, sin orden del Cuartel General de la División, se castigaría severamente, y en cuanto á la pretensión de disponer de las campanas, previno á la autoridad del lugar que debía dejar llevar las demás campanas siempre que se le presentara orden del General en Jefe del Ejército de Operaciones.

El día 12, habiéndose trasladado á Guadalajara de Ciudad Guzmán la imprenta del «Boletín de la 1.^a División del Ejército Federal,» comenzó á publicarse ese periódico en la capital.

Siguieron con actividad los trabajos de zapa y de sitio, sin cesar ni de día ni de noche, aproximándose progresivamente la línea de contravalación. Esos trabajos consistían en practicar horadaciones por dentro de los edificios desde las orillas de la ciudad, para formar caminos cubiertos hácia el recinto fortificado; en abrir cortaduras en las calles con objeto de impedir las salidas de los sitiados, y en establecer parapetos y atrincheramientos frente á los de la plaza. Esos mismos trabajos se llevaron adelante á pesar de los rigores de la estación lluviosa, con la protección de líneas de tiradores que se posesionaban en las alturas cercanas, y á favor de la noche, y bajo el incesante fuego de fusilería dirigido á impedirlos y el de cañón para destruirlos.

Verificábanse día por día infinitas escaramuzas, frecuentes combates de que resultaban muchas desgracias entre unos y otros combatientes. Por la noche se vigilaban y se batían alumbrándose con cohetes de luz.

Crecía gradualmente la deserción en la plaza, aunque sin llegar á ser demasiado numerosa, provocada por los sitiadores que facilitaban á los defensores la oportunidad de verificarla, y los desertores llevaban al campo enemigo interesantes noticias sobre el estado que guardaba la defensa y la ciudad.

El hambre comenzó á producir sus efectos en el interior de la plaza; se acabó la carne y la manteca; el rancho á que estaba sujeta la tropa, se componía de arroz y garbanzo con una ración insignificante de pan y frijoles cocidos, sin tortillas, porque el maíz se dedicó exclusivamente á mantener caballos y mulas de tiro. Los vecinos estaban todavía en peor condición que la tropa, pues para ellos no había más que arroz y garbanzo.

Dentro y fuera del recinto de la plaza se desarrollaba sensiblemente la fiebre. El 16 había en el Hospital de Belén ciento noventa y seis enfermos y el 19 aumentaron hasta doscientos seis, todos del Ejército de operaciones, fuera de los heridos que se curaban separadamente.

Así transcurría el mes de Octubre. Había pasado, con mucho, el tiempo en que se esperaba, al principio del asedio, el socorro que había de

venir de México á los defensores de la plaza: la miseria se recrudecía y los Jefes de la plaza que sabían que Márquez y Mejía venían en marcha y en presencia de los progresos de los preparativos de asalto, esperaban el ataque, multiplicando la vigilancia, decididos á resistir á todo trance mientras llegaba el auxilio, seguros de que éste obligaría á levantar el sitio al Ejército Federal.

Desde los primeros días del asedio el General González Ortega se hallaba enfermo.

El diecisiete hubo una junta de guerra en la Quinta de Velarde, junto á la garita de San Pedro, y se acordó, entre otras cosas, que el Gral. D. Epitacio Huerta, con todas las caballerías del Ejército de Operaciones, saliera al encuentro de la División reaccionaria que venía de México en auxilio de la plaza y la hostilizara, y se eligió al Gral. Zaragoza para que se pusiera interinamente al frente del mismo Ejército de Operaciones.

Zaragoza encomendó el mando del Ejército del Norte al General Aramberri y nombró á Valle Cuartel Maestro, en sustitución de Aramberri, y Ogazón mandó al Coronel Don Isidoro Ortiz cubrir la vacante de la Mayoría General de la División de Jalisco.

Valle instaló el Cuartel Maestro en la Capilla de Jesús, y dió á reconocer como Ayudantes suyos al Coronel Don Refugio González, Teniente Coronel Don Lorenzo Vega, Comandantes Don Breneo Rico, Don Achille Collín y Don Vicente

Gaona, Capitanes Eduardo González y Crispín Medina, Tenientes, Don Anastasio R. Landa, Don Miguel González y Don Joaquín Zubieta, todos de la División de Jalisco, y nombró Jefe de Policía del Ejército al Coronel Don Refugio González.

El mismo General Valle dió á reconocer como Jefe de la línea de San Diego á Santo Domingo, al General Lamadrid, y del último punto hasta las posiciones de Oriente, del General Regules al General Alatorre.

Ogazón, con motivo de la acuñación de plata que estaba verificando Castillo, expidió una ley declarando falsa esa moneda.

Para verificar el asalto de la plaza se emprendió la operación de demoler la mitad de la manzana contigua á la espalda de Santo Domingo y terraplenar la otra mitad formando una gran explanada para situar en alto artillería, abrir brecha por la espalda del convento, y dominar los parapetos de las calles laterales de ese edificio. Se reforzaron el día veinticinco los zapadores con ciento cincuenta paisanos para terminar esa obra que se llamó *Torre de Malakoff*. Poco después se instalaba la artillería en la altura, y llegaron de la ferrería de Tula dos morteros que se construyeron bajo la dirección del Coronel de Ingenieros Don Fernando Poucel y Coronel Don Rafael Valle.

El diseño de esos morteros lo torneó el Maes-

tro de la Maestranza de Ciudad Guzmán, Capitán Don Jesús Gallo; los moldó Don Carlos Blake y se encargó de la fundición Don Julio Rose, poniendo el mayor empeño en la construcción el Administrador de la Ferrería de Tula Don Miguel Brizuela. Los dos morteros eran de fierro, de iguales dimensiones, calibre de á treinta, con montajes de fierro y dotados con doscientas granadas bombas cada uno.

Para instalarlos se construyeron esplanadas apropósito bajo la dirección del Capitán Gallo, á cien pasos al norte frente al pórtico del Campo Santo de los Angeles.

La pólvora especial para esas bocas de fuego la fabricó Don Casiano Delgado.

Mientras terminaban los preparativos del asalto y continuaban sitiados y sitiadores cazándose día y noche, calle de por medio, desde las trincheras y aspilleras, y arruinaban la ciudad los innumerables proyectiles de cañón destruyendo y maltratando los edificios; el General Márquez, con cuatro mil hombres, penetraba al Estado de Jalisco, á la vez que la División de México, perteneciente al Ejército Federal, venía replegándose á posesionarse en el Puente de Toluatlán, donde debía cerrar el paso á la División de Márquez.

El veinticinco pernoctó Márquez en Lagos, y el General Huerta con tres mil caballos del Ejér-

cito de Operaciones, que iba al encuentro de aquel, se quedó en Tepatlán. El veintiseis llegó Márquez á San Juan de los Lagos: Huerta á la Venta de Pegueros. El veintisiete Márquez en Jalos: Huerta en la Joya. Advertido Huerta de la proximidad de Márquez, formó con la División de caballería cuatro columnas; la una á las órdenes del Coronel Don Antonio Rojas para que hostilizara el frente del enemigo: otra al mando de los Jefes, de Lanceros de Jalisco, Don Pedro A. Galván, y de Lanceros Herrera, Don Florentino Cuervo, para que amagaran por retaguardia, y las otras dos columnas compuestas de fuerzas de Michoacán, para que hostilizaran ambos flancos.

Márquez continuó avanzando hostilizado como se ha dicho; pernoctó en Paredones el treinta y el treinta y uno llegó á Zapotlanejo. Al avanzar la División reaccionaria, y luego que hubo pasado el Puente de Calderón, Rojas se movió y se situó á retaguardia, y obstruyó el paso con grandes piedras á fin de entorpecer la retirada de Márquez, y se reunió la División de Huerta acampando ese mismo día en Joya Chica.

Entre tanto, en Guadalajara, concluidos los preparativos de asalto, se decidió verificarlo en la mañana del día 29.

El 27 se dispuso que ochenta y cuatro piezas de artillería que estaban situadas en toda la extensión de la línea, hicieran simultáneamente diez disparos cada una sobre los puntos donde se cau-

sara mayor daño á los defensores de la plaza, sin más intervalo de tiro á tiro, que el indispensable para refrescar las piezas.

Poco después de las cuatro de la tarde comenzó el cañoneo; veintidós piezas de artillería hacían fuego contra el convento de San Francisco, ocho sobre el de Santo Domingo, ocho contra el del Carmen, y las demás contra otros puntos, arrojando un horrorosa tempestad de balas y granadas, produciendo el pánico y la muerte en el interior de la plaza y la ruina de los edificios.

El 28, fuera del ordinario tiroteo de trinchera á trinchera, siempre que había un blanco sobre que disparar, no hubo nada notable.

El 29, desde temprano, las columnas de asalto esperaban formadas la orden de lanzarse á la lucha. Soldados de Zicuteas, San Luis y Aguascalientes, á las órdenes de los Generales Lamadrid y Alatorre, debían dar el asalto por Santo Domingo, proteji los por la artillería que desde la Torre de Mikoff abriría brecha y abrumaría á los defensores de los fortines inmediatos al Convento; y los soldados de Jalisco, á las órdenes de los Coroneles Toro, Ortiz, Zepeda y Teniente Coronel Montenegro, asaltarían el Convento del Carmen, sostenidos por tres piezas que se instalaron en lo alto de los dos torreones y del pórtico de la Penitenciaría, y otras de batir, al pié, en la plaza de Escobedo, que abrirían paso tirando las tapias de la huerta del Convento, y apagarían los

fuegos de las alturas de la iglesia, de concierto con las líneas de tiradores que había en los alrededores del edificio, de la misma manera que por el rumbo de Santo Domingo.

Veamos como se verificó el asalto, según el testigo presencial Sr. Don Basilio Pérez Gallardo:

«Al amanecer se percibe uno de esos ruidos confusos, precursores de las grandes tempestades. A las ocho de la mañana estalla potente y amenazadora: ciento veinticinco piezas de artillería rompen sus fuegos simultáneamente sobre las trincheras, los parapetos y los edificios. La línea de los sitiados es una especie de castillo feudal. No hay puerta ni ventana que no esté perfectamente atrincherada: no hay pared que no tenga dos ó tres líneas de troneras casi imperceptibles; unas abiertas al ras de la tierra, otras en el medio y otras en los extremos. Parece que la plaza no tiene otros defensores que los artilleros que sirven las piezas en las calles. Tiene algo de misterioso y de siniestro la plaza de Guadalajara. Apenas se ve aparecer, de tarde en tarde, el cañón de un fusil por aquel inmenso arnero. Los soldados de la religión se ocultan silenciosos en el interior de los edificios. Son las nueve y media. La artillería no ha descansado un sólo instante. Ha llegado la hora del asalto.»

«Los sitiadores dan un ataque falso en la línea de Oriente: son los soldados de Guanajuato, que con un arrojo admirable avanzan hasta colocarse

debajo de los fuegos enemigos, llevando á la cabeza á su conocido Jefe, el General Antillón. Penetran en la huerta de San Francisco, se posesionan de las troneras de los contrarios y por ellas hacen un fuego vivísimo, que atemoriza á los defensores de esa posición inexpugnable. Entretanto, veintidós piezas de batalla demuelen las alturas de ese convento, abandonado instantáneamente por las tropas que lo guarnecen. El Jefe de esta línea tenía orden de entretener nada más al enemigo. Cumplió con su deber. La derecha de la misma línea emprende una diversión sobre las posiciones de Santa María de Gracia. Las fuerzas de Michoacán se encargan de esta manobra. Retroceden. En la línea del Norte están las fuerzas de Zacatecas, S. Luis y Aguascalientes, reforzadas por el Batallón «Cazadores de la Reforma» de Michoacán; intentan un ataque verdadero en toda la extensión de su frente, siendo falso el de San Felipe. Toda la atención se fija en Santo Domingo, una de las mejores posiciones de los sitiados.»

«Rifleros, Cazadores y Zapadores, dirigidos por el General Lamadrid, comienzan el ataque. Penetran por la derecha hasta la línea enemiga, situada á la espalda del convento; pero allí se encuentran con las casas terraplenadas, que forman un doble muro, sufriendo á pié firme los fuegos del enemigo; entretanto la batería situada por el intrépido Coronel Guiccione abre brecha. El ge-

neral Valle dá orden al capitán de Zapadores D. Adolfo Garza, para que se poseione de una altura inmediata, y este valiente joven obedece la orden sin vacilar: él y los suyos trepan por escaleras de mano al parapeto enemigo, y allí se trabó una lucha formidable..... La columna que manda el Señor Lamadrid avanza por entre los fuegos cruzados del enemigo, hasta posesionarse de la mayor parte del convento. Los Batallones 1.º Ligero, al mando de Don Miguel Palacios, y el 2.º de Zacatecas al mando del Capitán Don Marcelino Esparza, y parte del Cuerpo de Sánchez Román, dirigido por los capitanes Don Homobono Guzmán y Don Joaquín Loiza; y una compañía de Aguascalientes, atacan las manzanas que tienen á su frente; se posesionan de algunas casas, avanzan por las horadaciones y por las calles; pero al llegar á la mitad de la manzana, se encuentran las casas terraplenadas y convertidas en fuertes parapetos. Trepan á ellos con decisión; pelean cuerpo á cuerpo á la bayoneta, y logran arrojar al enemigo de dos de sus parapetos, en uno de los cuales abandona una pieza de montaña de á doce, que tenía en esa altura, y algunos muertos, heridos y prisioneros. Allí la lucha es horrible..... Allí está Zaragoza.»

«En la línea del Poniente, las fuerzas de Jalisco intentan un ataque falso sobre la manzana que tiene enfrente de la Casa del Cobre, y uno verdadero sobre el Carmen. Los cuerpos que

dan el ataque verdadero, son: 1.º y 3.º de Línea, Mina, Morelos y Defensores de Jalisco. Los intrépidos soldados de estos cuerpos, conducidos por sus Jefes, se lanzan á las tapias del convento del Carmen, penetran á la huerta, sostienen allí un combate reñido con los hombres que la defienden, que se concentran al interior del convento: los nuestros pretenden abrirse paso; pero se encuentran con las habitaciones terraplenadas, y sin artillería para abrir brecha. Sufren, pues, impunemente el fuego de las alturas. Entretanto la artillería ha volado la cúpula de la iglesia. Es herido el coronel Toro.»

«Son las doce. Hay una especie de tregua desde esta hora hasta las tres de la tarde. Durante estas tres horas, la artillería abre brecha en los puntos atacados, y desaloja de las alturas á los de otros muchos. Se nos pasan ciento setenta hombres por la línea de Santo Domingo. A las tres continúa el ataque, principalmente sobre Santo Domingo, corriendo á él las fuerzas del General Lamadrid y las que manda el General Don Francisco Alatorre. Se traba el combate. Los soldados enemigos suspenden un momento sus fuegos: los nuestros suponen que intentan pasarse, y les abren los brazos llamándoles *hermanos*. El General Valle titubea, y advierte á los Zacatecanos estén alerta. Los enemigos avanzan con el arma empuñada; casi se estrechan con los nuestros; pero al llegar les disparan sus armas á que-

na ropa. El General Valle, que no pierde ninguno de sus movimientos, apenas tiene tiempo para arrojar al foso y allí se salva.»

«En este momento aparece por el otro extremo el General Castillo conduciendo sus mejores fuerzas. La lucha vuelve, pues, á comenzar más reñida, más sangrienta. Nuestros soldados avanzan con decisión: los de la primera fila reciben una descarga cerrada, vacilan y retroceden; pero los de la segunda avanzan, atacan á bayoneta y rechazan á Castillo, que con sus fuerzas va á sostenerse tras de los escombros. Allí se cruzan los fuegos sobre la columna que manda el General Lamadrid; pero á pesar de esto, avanza hasta posesionarse de la mayor parte del convento. Esto produce un entusiasmo general, se victorea á la libertad y continúa la lucha haciendo esfuerzos supremos por apoderarse del resto de Santo Domingo, que aun queda á los sitiados: doscientos hombres del 1.º Ligerero de Zacatecas al mando de su Comandante Don Miguel Palacios, ciento del 2.º con su Capitán Don Marcelino Esparza, ciento veinte de Sánchez Román, mandado por los Capitanes Don Homobono Guzmán y Don Joaquín Loaiza, refuerzan la columna de Lamadrid. Ya en combinación, pelean dentro del convento, dejando al enemigo reducido únicamente al cañón de la iglesia.»

«El resto de la fuerza de Zacatecas y Aguascalientes, emprenden el asalto de los morteros de

la derecha de esta posición; los ocupan á la bayoneta, á la vez que las tropas de San Luis, con su Jefe D. Miguel Veraza, ocupan también otro fortín lateral, quedando forzada y destruída completamente la línea de defensa del enemigo. Zaragoza, Valle, Alatorre, Guiccione, Veraza, Lamadrid y muchos otros valientes se encuentran aquí en el punto de mayor peligro. Nos han matado á Pedro Echeverría: Talancón, Salazar, Gaitán, Martínez, Anguiano, Ortega, Campa y otros muchos jóvenes caballerosos y entusiastas que se hallan heridos: nos han privado también de nuestros mejores soldados; pero nadie titubea, nadie teme que el éxito nos sea desfavorable.»

En la línea del Poniente, las tropas de la División de Jalisco continúan haciendo supremos impulsos por apoderarse de la inexpugnable posición del Carmen. Las infanterías por la derecha y por la izquierda en el laberinto de construcciones del interior de la huerta, anexas al convento, siguen atacando al enemigo que se defiende desde la altura, trincheras y parapetos de los pisos alto y bajo del edificio: la artillería, entretanto, desde lo alto del pórtico y de los torreones de la Penitenciaría, (1) á doscientos metros, y á cien desde la brecha abierta en la tapia de la huerta, no ha cesado de disparar sobre las obras de defensa del convento y espalda de la iglesia; y des-

(1) El pórtico de la Penitenciaría no era el que existe en la actualidad.

pués de derribar la cúpula monumental del templo, dirige sus punterías á destruir el atrinchero de sacos de tierra que corona el edificio, y logra apagar los fuegos de la altura, obligando á sus defensores á refugiarse en la torre. Entonces el Teniente Coronel Don Ignacio Zepeda, con su Batallón Defensores de Jalisco, y el Teniente Coronel Don José María Montenegro con su Batallón Mina, emprenden la arriesgada y difícil operación de asaltar la altura: en las azoteas de las casas contiguas, por el Sur, se ponen escaleras de mano: trepan resueltamente los de Mina y de Defensores rivalizando su arrojo, y cuando sin ser sentidos, llegan á la cima algunos de aquellos valientes y siguen ascendiendo los demás, el toque de diana dado prematuramente por un corneta indiscreto advierte el peligro á los defensores del punto, que se hallan encastillados en la torre, y salir, arrojarse sobre los temerarios asaltantes y trabarse una terrible lucha á la bayoneta fué obra de momentos..... Al fin la superioridad numérica vence á los intrépidos soldados de Defensores y de Mina que sucumben gloriosamente, cuando la sangre de unos y otros combatientes corre por las canales al pavimento de la calle.»

«El 2.º de línea, continúa el Señor Pérez Gallardo, ocupa la manzana de la izquierda; pero los contrarios, reforzados con tropas de refresco, no quitan esa posición, haciéndonos veintitantos pri-

sioneros. El fuego de artillería no ha cesado ni un instante en toda la línea, y los proyectiles han convertido en ruinas centenares de edificios.»

«La oración. El fuego de fusilería se apaga en todas partes, menos en Santo Domingo. Aquí prosigue la lucha, se hacen prodigios de valor; asaltados y asaltantes pelean como fieras, cuerpo á cuerpo, al arma blanca, forcejeando en las alturas, mordiéndose, sofocándose, rodando abrazados por los escombros. Están en nuestro poder las manzanas inmediatas, los parapetos que ligaban esta posición, y tres cuartas partes del convento de Santo Domingo. Todo ha caído en poder de los cuerpos de Zatecas, Aguascalientes y San Luis.

«Son las diez. La luz de la luna alumbra las ruinas y escombros de las casas que existían en este lugar..... Pero ya no se avanza. El enemigo está reducido á la Iglesia: un paso más y la Iglesia y la plaza serán nuestras. Empero, no es posible dar ese paso que nos conduciría al triunfo. ¿Por qué? Porque se nos ha agotado el parque: porque apenas nos quedan veinte mil tiros de fusil, es decir, dos paradas por plaza en algunas cartucheras, y en la mayor parte de ellas nada. Es que hemos gastado durante el asedio, cuatro mil proyectiles de artillería y trescientos mil tiros de rifle y de fusil, y en el ataque tres mil quinientos de los primeros y cuatro mil de los segundos..... La ansiedad es profunda..... El despecho, la rabia que produce la impotencia,

arranca lágrimas de dolor á los hombres que, impasibles, acaban de desafiar á la muerte.»

«Las once. En este momento de angustia suprema, recibe una carta el General Don Manuel Doblado: es de uno de los Jefes de la Plaza, que autorizado por Castillo, manifiesta hallarse dispuesto á entablar una conferencia sobre avenimiento. El General Uraga, que se halla aún prisionero, suplica se tenga alguna consideración con los defensores de la Plaza. Doblado pide á Zaragoza su asentimiento para recibir á los comisionados; éste lo dá, y á las dos de la mañana salen por San Francisco los Generales Cadena y Fernandez, quienes van á la Huerta de Valle á conferenciar con Doblado.»

En la mañana del día treita había concluido el trabajo de instalar los morteros en el lugar que se ha dicho y poco después de las nueve de la mañana el General Don Leandro del Valle que está presente dá orden de que se dispare el primer tiro dirigido á docientos metros sobre la altura de las torres de Catedral; lanzado el monstruoso proyectil hace explosión donde se calculó; iba á verificarse el segundo disparo, sobre el convento de San Francisco donde estaban los depositos de parque del enemigo, cuando la plaza tocó parlamento y se suspendieron los fuegos en toda la línea.

Nombráronse comisionados por ambas partes para ajustar una capitulación.

Los Generales Doblado y Valle fueron los comisionados de parte del ejército federal, y los Generales José V. de la Cadena y Fernández, lo fueron de parte de los sitiados, quienes ajustaron unos convenios en que se estipuló:

Se suspenderían los fuegos: á los dos días se retirarían fuera de un radio de doce leguas, los sitiados, al Poniente de la ciudad, y los sitiadores, al Oriente: en la capital se reuniría una junta compuesta de dos comisionados por cada uno de los ejércitos beligerantes autorizados para celebrar un arreglo de que resultara la unión de ambos ejércitos, dentro de quince días, nombrándose por esa junta, una persona que ejerciera la autoridad civil de Guadalajara durante esos quince días: si no se verificaba el arreglo indicado, se romperían las hostilidades. Los prisioneros serían puestos en libertad desde luego, y los heridos y los enfermos serían atendidos, sin que en ningún caso debieran considerarse como prisioneros de guerra. El Gobierno constitucional pagaría los adeudos de los sitiados, por víveres y vituallas, y además cubriría los haberes de los reaccionarios durante los quince días de armisticio.

El treinta fueron ratificados esos convenios; terminado el plazo para la desocupación de la ciudad, no se cumplió con ese compromiso, y además se tuvieron noticias fidedignas en el campo liberal, de que había inteligencias secretas en-

tre Márquez y algunos de los Jefes de la plaza para desconocer los convenios. Semejantes convenios, el General Ogazón y todos los Jefes de la División de Jalisco, los reprobaban enérgicamente, sin traspasar, por supuesto, los límites de la subordinación militar.

En la mañana del día treinta y uno salió de Guadalajara la División de Michoacán, á las órdenes del General D. Nicolás Régules, á cubrir el paso del Río Grande en Poycitlán, y la de Jalisco al mando del General Ogazón, con dirección al Puente de Tololotlán, donde había tomado posiciones el General Berriozábal, Jefe de la División de México. El primero de Noviembre, se incorporó el General en Jefe que había salido de Guadalajara, dejando encomendadas las posiciones de la ciudad, al General D. Silvestre Aramberri y Cuartel Maestro del Ejército, D. Leandro Valle, con las fuerzas de San Luis, Aguascalientes y Zacatecas.

Muy cerca de Zapotlanejo iba la columna, cuando se presentaron dos comisionados de parte de Márquez, D. José Sánchez Facio, su secretario, y el Gral. Cuevas, pidiendo armisticio: el General Zaragoza contestó que no admitía otra plática que no fuera rendirse á discreción: los comisionados pidieron dos horas y Zaragoza contestó que ni dos minutos. Continuó la marcha y sin detenerse en Zapotlanejo, de donde retrocedía el mismo Márquez, y á las tres de la tarde,

se avistó al enemigo en las lomas de Calderón donde había tomado posiciones, é hizo algunos tiros de cañón sobre la vanguardia de Zaragoza: momentos después llegaban á paso veloz las infanterías y artillería; se colocaron algunas piezas en batería; ordenaba la batalla el General Zaragoza, y cuando no se habían quemado treinta cartuchos de cañón por ambas partes, ni se había disparado un tiro por las infanterías, Márquez y los principales de sus Jefes, se retiraron precipitadamente, dejando en el campo sus trenes, artillería, equipajes y todos sus elementos de guerra: era que las caballerías de Huerta, que llevaban orden de impedir á todo trance la retirada de las tropas de Márquez, y de colocarse á retaguardia de éstas, movidas por sus Jefes, con toda oportunidad habían cargado sobre el enemigo en las lomas de Huejotitán y de Calderón y desorganizado al enemigo, destruyéndolo completamente, en seguida, con sus repetidas cargas hasta Tepatitán.

Las caballerías de la División de Operaciones habían formado en batalla, tras una yerba ó arbusto de temporal, de bastante altura que abunda en aquellos sitios, muy cerca y sin ser vista del enemigo: traían las mismas caballerías, uniforme y fornituras iguales á los de los reaccionarios que mandaba el General D. Tomás Mejía. El Jefe liberal para evitar una confusión, que en el combate diera lugar á que sus hombres se

mataran unos con otros, antes de lanzar sus escuadrones contra el enemigo, mandó que todos los suyos se quitaran la manga del brazo izquierdo para que pudieran reconocerse á primera vista al revolverse á la hora de la carga.

En la orden general de la División de caballería del dos al tres apareció la siguiente proclama: «El C. General Epitacio Huerta, en Jefe de la División de caballería del Ejército de Operaciones, á sus subordinados:

Compañeros de armas: Ayer habéis dado un día de verdadera gloria á la patria y conquistado el más brillante de los laureles con que puede ornarse vuestra frente. El asesino de Tacubaya, el héroe del clero y los retrógrados más desenfrenados, el orgulloso General que con sólo su presencia creía poder venceros, y que no cesaba de llamaros chusmas de bandidos, ha sido vergonzosamente derrotado con un sólo empuje de vuestra parte. Ni sus formidables cañones, ni sus escogidos batallones, ni sus decantados conocimientos militares, han podido impedir que cayéseis sobre su ejército con la rapidez é ímpetu del rayo, y que en menos de una hora quedase reducido á masas desorganizadas, de las que unas quedaron vuestras prisioneras y otras buscaron su salvación en la fuga.

Compañeros: seguid siendo como hasta aquí bravos en la pelea y humanos en la victoria; seguid siendo también intransijibles en principios

con vuestros enemigos, y generosos con ellos en la desgracia, seguros de que siempre estará á vuestro lado siguiendo vuestras huellas, quien se honra de ser vuestro compañero y amigo.— *Epitacio Huerta*. Tepatitlán, Noviembre 2 de 1860»

Por fin la noche del dos al tres de Noviembre, Castillo evacuó la plaza. En el acto reconoció al Gobierno constitucional el Gral. Don José Fernández, con el Batallón «Fijo de Guadalajara,» y al día siguiente en Amatitán, el General Quintanilla y el General Don Apolonio Montenegro, con sus fuerzas, se pusieron á las órdenes del General Leandro del Valle, separándose los Generales Castillo y Woll y el Coronel Guadarrama, que siguieron rumbo á Tepic.

Veamos las interesantes proclamas de los Generales Uruga, Zaragoza y Valle:

«El C. José López Uruga, al ejército de operaciones:

COMPAÑEROS:

A vuestro valor y pericia debo mi libertad, y el hallarme de nuevo entre vosotros. Gracias, amigos míos; habéis utilizado un soldado más, por la causa del pueblo.

Hace seis meses os anunciaba que habiáis fijado la victoria en vuestras filas; vedlo, compañeros, y demos gracias al Eterno por haberse apiadado ya de nuestro desbastado país, y también á esos dignos Jefes y caudillos de la libertad, que han hecho triunfar.

Vuelvo á vuestras filas, mutilado: no le hace, amigos míos, aun tengo sangre y miembros que perder en defensa de la ley; y cuando fuese necesario, me encontraréis á vuestro lado.

Creo ya concluída la lucha, y que sólo falta la reposición del Gobierno Supremo en la capital de la República. Esto es fácil, después de vuestras victorias.

Compañeros: os saludo á todos. Todos ved en mí un leal compañero, y un defensor ciego de la causa de la libertad.

Guadalajara, Noviembre 3 de 1860.—*José López Urzúa.*»

«Ignacio Zaragoza, General en Jefe del Ejército de operaciones, á las fuerzas de su mando:

COMPAÑEROS:

Con el heroico combate del día 29 del mes anterior y la feliz jornada del 1º del presente, habéis dado muerte á las últimas esperanzas de la reacción. La tracción de Tacubaya queda vencida: los derechos del pueblo quedan garantizados.

Franco tenéis el paso hasta la capital de la República: sus puertas se os abrirán; y si vuestros enemigos, ciegos por sus crímenes, aún hicieron un esfuerzo para oponer resistencia, con otro combate arrancaréis de sus manos las cadenas allí forjadas para oprimir al pueblo mexicano.

Soldados: paz quieren los habitantes de la República, y la paz ha sido conquistada por vuestro

valor. Después, será necesario consolidarla: tal vez la patria os volverá á exigir vuestros servicios. Si entonces, como ahora, los prestáis con el mismo entusiasmo, castigaréis á los revoltosos, jamás desaparecerán de nuestro suelo las instituciones republicanas y las bases consignadas en el Código constitucional de 1857. Estad preparados para la última jornada: en ella seréis conducidos, siempre á la victoria, por vuestro Jefe, el activo democrata que en Peñuelas y Silao arrancó para su frente, un beneficio social, un laurel á la fortuna. Entre tanto, recibid las felicitaciones de la Patria: ella saluda á los guerreros que le han dado vida cuando estaba amenazada su nacionalidad: os reconoce por sus buenos hijos, y yo recordaré con orgullo, que tuve el honor de mandar el Ejército de Operaciones en los días felices de sus más gloriosos triunfos.

Guadalajara, Noviembre 4 de 1860.—*Ignacio Zaragoza.*»

«Leandro del Valle, General de Brigada, 2º Jefe de la División de Jalisco, á las tropas que quedan en el Estado:

Marcho á la campaña sobre la Capital de la República, con el sentimiento de separarme de vosotros después de tres años de participar de vuestras fatigas.

Una brillante brigada lleva la misión de presentaros en el campo de batalla, á donde concurren fuerzas de toda la República, y á vosotros

queda encomendada la pacificación de este importante Estado.

No olvidemos, compañeros, nuestras glorias, porque ellas son el más grande estímulo que debe guiarnos al combate.

Pronto, muy pronto, nuestra tarea quedará concluída, y entonces volveremos á reunirnos, para gozar de la paz que hayamos conquistado.

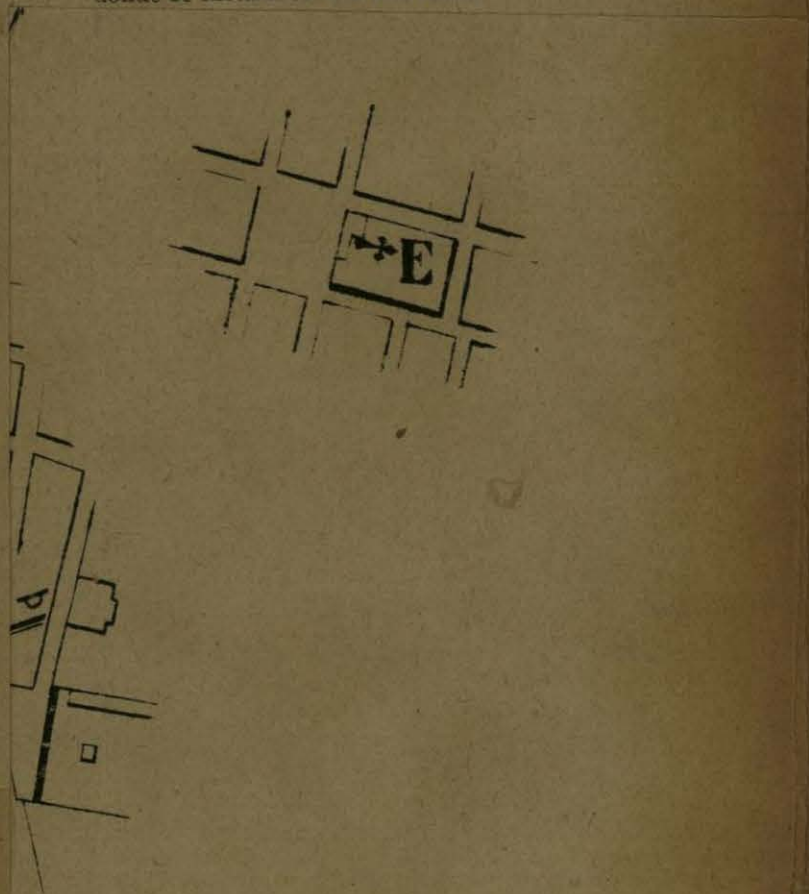
Guadalajara, Noviembre 21 de 1860.—*L. del Valle.*

Dueño el Ejército Federal de la ciudad de Guadalajara, comenzaron á moverse sus fuerzas hácia el Oriente, hasta el veintidós que salieron con la misma dirección, las del Norte y la primera Brigada de la División de Jalisco.

Ogazón tomó posesión del Gobierno y Comandancia Militar de Jalisco, y sus primeros actos fueron: prorrogar los plazos de las obligaciones contraídas en Guadalajara, por un tiempo igual al que estuvo sitiada la plaza; eximir del pago de rentas de casa á los inquilinos de la ciudad por ese período; recoger la moneda acuñada por Castillo, cambiándola por dinero legal; retirar las facultades que tenían los Jefes para imponer préstamos, bonificar algunas deudas contraídas; refundir en el Liceo é Instituto de Ciencias el Seminario Conciliar y la Universidad; reorganizar en todo el Estado el orden Constitucional, y, por último, emprender la destrucción del foco reaccionario que quedaba en Tepic.

Posiciones de los sitiadores.

- A.—Hospital de Belén,
B.—Penitenciaría.
C.—Camposanto de los Angeles, lugar
donde se instalaron dos morteros.



Posiciones de los sitiados.

Posiciones de los sitiadores.

PLANO

del

RECINTO FORTIFICADO DE LA CIUDAD DE GUADALAJARA, EN
EL SITIO LLAMADO DE CASTILLO,
LOS MESES DE SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1860.

REPRESENTA

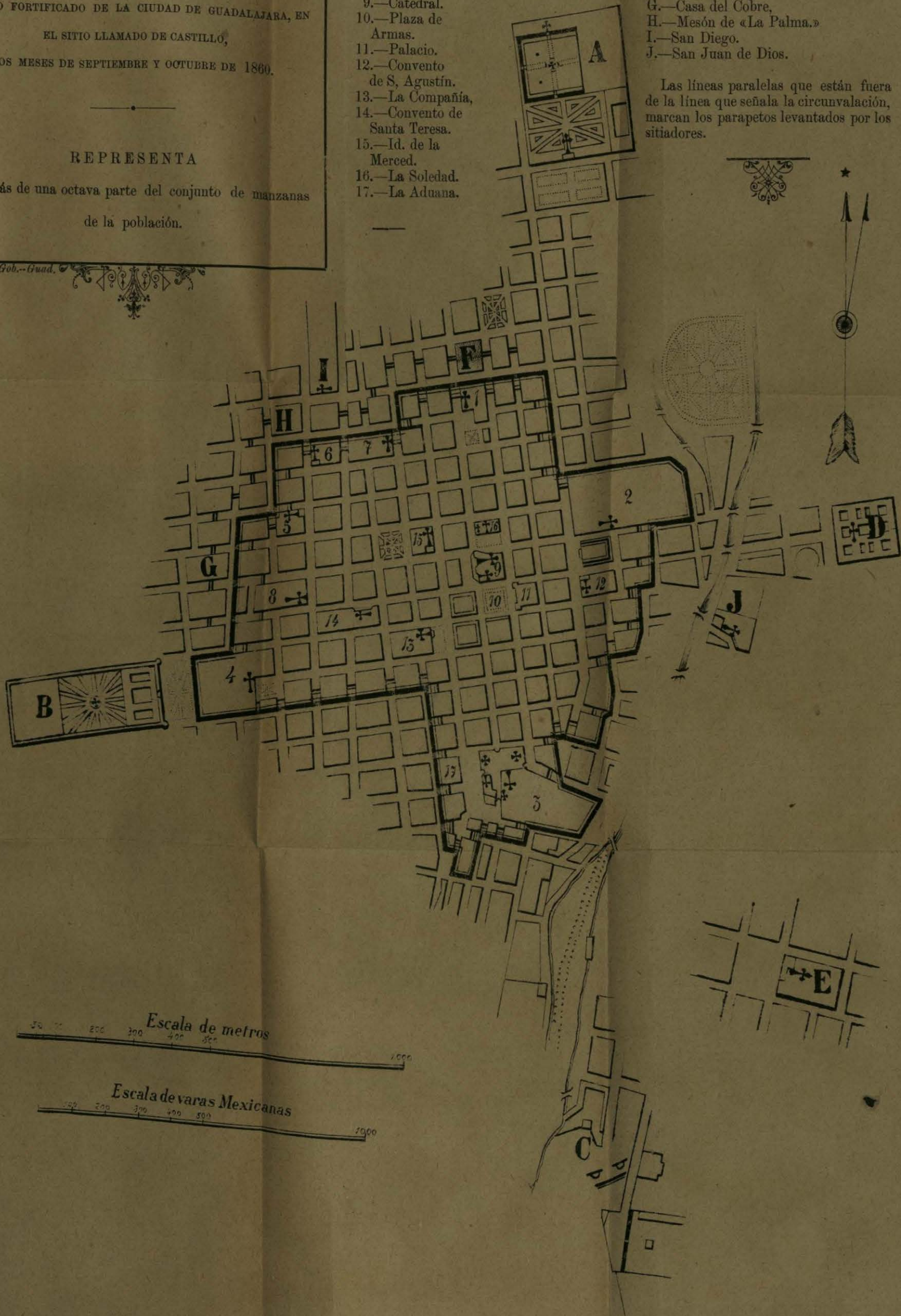
poco más de una octava parte del conjunto de manzanas
de la población.

Of. Tip. del Gob. - Guad.

- 1.—Convento de Sto. Domingo.
- 2.— " de Sta. María de Gracia.
- 3.— " de San Francisco.
- 4.— " del Carmen.
- 5.— " de Capuchinas.
- 6.— " de San Felipe.
- 7.— " de Santa Mónica.
- 8.— " de Jesús María.
- 9.—Catedral.
- 10.—Plaza de Armas.
- 11.—Palacio.
- 12.—Convento de S. Agustín.
- 13.—La Compañía.
- 14.—Convento de Santa Teresa.
- 15.—Id. de la Merced.
- 16.—La Soledad.
- 17.—La Aduana.

- A.—Hospital de Belén,
- B.—Penitenciaría.
- C.—Camposanto de los Ángeles, lugar donde se instalaron dos morteros.
- D.—Hospicio.
- E.—Analco.
- F.—Manzana donde se construyó la Torre de Malakoff.
- G.—Casa del Cobre.
- H.—Mesón de «La Palma.»
- I.—San Diego.
- J.—San Juan de Dios.

Las líneas paralelas que están fuera de la línea que señala la circunvalación, marcan los parapetos levantados por los sitiadores.



Escala de metros

Escala de varas Mexicanas

Luego que se supo en México la ocupación de Guadalajara y la derrota de Calderón, el Presidente Miramón decidió defender la Capital hasta el último extremo. Declaró en estado de sitio la ciudad; extrajo de la Legación de Inglaterra seiscientos sesenta mil pesos pertenecientes á los tenedores de bonos de la deuda extranjera en Londres; organizó un ejército de ocho mil hombres, y al frente de él salió de la Capital el día ocho de Diciembre con la esperanza de batir al Ejército Federal, que en número de diez y seis mil hombres avanzaba sobre el Valle de México. El veintidós se avistaron ambos ejércitos en las lomas de Calpulalpam; se batieron, quedando Miramón completamente derrotado, y el veinticinco, tomaba posesión de la Capital de la República el General González Ortega, y el Ejército Federal hizo su entrada triunfal el día primero de Enero de mil ochocientos sesenta y uno.
